

*Clara Luz Zúñiga Ortega**

**"ORALIDAD Y
ESTETICA ENTRE LOS
HUITOTOS
COLOMBIANOS"**

* Profesora Titular, Universidad de Nariño

Una nueva dimensión ha tomado la oralidad en los últimos tiempos. Ahora hemos entendido que no se puede borrar la memoria de los hombres y que hay textos y palabras disseminados en la historia de los pueblos, que no puede aniquilar el fuego, ni llevarse el viento.

Probablemente la aproximación a la oralidad no sea nada más que el querer arrancarle al viento la memoria de las cosas. El emprender la reconstrucción de esa crónica itinerante de la peregrinación del hombre, a través de ese túnel inextricable que el tiempo.

Crónica que recoja los textos que no ha podido destruir el viento, ni el fuégo, ni el recuerdo, porque tejen la historia que se mira en el espejo de la palabra, del mito, del canto, de la piedra, del gesto, de la danza y del rito. Crónica que recoja los saberes que guardan los ancianos y los hombres de ayer y que se van regando como las semillas en la prodigalidad de la palabra. Semillas que rastreamos todos los que pretendemos aproximarnos a las raíces de los pueblos, para encontrar aquello que defina y explique nuestro estar en el mundo, desde la terca pregunta por nuestra identidad.

En esos mundos del ayer, la oralidad y la graficalidad, la tradición y la creatividad se confunden. La estética occidental nos quiere enseñar que ella comienza a partir de su fijación escritural. Sin embargo, la literatura escrita tiene a lo sumo 3.000 años y la oral está fijada en muchísimas veces más. Cuenta la historia, que justamente al apropiarse de la escritura, uno de los actos iniciales

que acometieron los antiguos babilonios, fue escribir un lamento en uno de los muros de su ciudad, en donde se quejaban de que todos los temas de la literatura estaban agotados. La verdad es que los grandes textos que hemos heredado escrituralmente, proceden de la oralidad. Ejemplos tenemos muchos: La Biblia, escrita a lo largo de 1.200 años. Será efectivamente Homero, el autor o el relator final de la Iliada y la Odisea? Tendrá la canción de Rolando un autor o un relator final?

Los pueblos americanos somos herederos de una rica literatura oral, la tradición cultural milenaria, tradición que bien puede considerarse clásica por su antigüedad y su vitalidad, pues continúa presente y viva en la oralidad de muchas etnias.

Sin embargo, es necesario tener en cuenta que como afirma Jon Landaburu, "Todos estamos en situaciones orales. Y si es muy cierto que hemos perdido mucho de la riqueza que uno pueda constatar en sociedades

exclusivamente orales, eso no quiere decir que nosotros no seamos una sociedad oral, solo que posiblemente tengamos que pelear con varias formas de comunicar que todavía no las manejamos bien. Es decir: no pensemos lo oral a partir de lo escrito, ni lo escrito a partir de lo oral". Es necesario pensar la oralidad a partir de la misma oralidad.

La verdad es que cada cultura, resuelve y justifica su papel en el mundo y lo hace en su vida diaria, en sus creencias, en sus mitos y ritos y sobre todo en su palabra. En sociedades orales, como la de los Huitotos a quienes quiero referirme, el saber se transmite de generación en generación y es escuchándolos y viéndolos vivir, la única forma que tenemos de aproximarnos a ellos.

Ubicados en el corazón de la selva amazónica, los Huitotos-Muinane, se constituyen en la segunda etnia más numerosa de la amazonía colombiana, después de los inganos. En sus inicios, los te-

rritorios ocupados por ellos fueron muy extensos, pero poco a poco han sido reducidos, principalmente por presiones que sobre ellos ejerce la caja agraria, heredera de las tierras que en épocas de la explotación del caucho, ocupó la casa Arana, a comienzos del siglo.

Por otra parte, el concepto de estética en occidente, remite a una forma especial, un estilo de hacer las cosas. Entre los Huitotos la estética, como un espacio del arte, involucra la vida, la totalidad, convirtiéndola más que en una forma de hacer obras de arte, en un estilo de vivir en forma artística. Saber y hacer constituyen su porque y su para qué y ambos están entroncados en la oralidad

El Huitoto no se sienta como nosotros a escribir un poema, a pintar un cuadro, a hacer una escultura o a componer una melodía. No. Cada instante de su vida, está tejiendo o tallando la obra más preciada: la de su propia existencia. De ahí deriva la profunda coheren-

cia entre lo que hace y lo que es, por eso toda su vida deviene en poema, en armonía, en arte.

Gracias a la oralidad supe que el espacio para el es sagrado y se aproxima siempre a el con la actitud develadora del misterio. Allí todo tiene sentido, significa. La vida, el aire, la luz, el color y el calor, el cielo, la palabra, el agua, el fuego, todo está cargado de impredecibles resonancias, porque allí, nada se ha sofocado. Nosotros, en cambio, metidos en la "modernidad", hemos hecho de ella un mito que nos lleva demasiado aprisa por la vida. El tener que hacer tantas cosas, no nos da tiempo para ser. Mirar no es ver y nosotros, a punta de mirar ya no vemos y a fuerza de nombrar ya no nombramos. Se precisa toda una cultura de la mirada, cada vez más urgente, si recordamos que ver es conocer y conocer es saber. Para un proceso del conocimiento, el saber ver, significa descubrir. A esto se refería un joven chaman de Araracuara, Thomas Roman, cuando mirando mi biblioteca exclamaba maravillado: "Qué

belleza... cuántos libros... pero ustedes tienen un problema: ustedes aprenden de afuera hacia adentro. Nosotros, en cambio, aprendemos de adentro hacia afuera y por eso no necesitamos sino nosotros y el mundo?

El "adentro" y el "afuera", son solo una de las múltiples alternancias de un sistema dualístico del mundo que no es excluyente, sino complementario y que admite un sistema de correspondencias como aquel postulado que precisa que "como es abajo, es arriba" o que "el allá, no es sino el otro lado del acá". Cuando el principio de reciprocidad se rompe y entre nosotros, se rompió con la conquista, se rompen también el equilibrio y la armonía.

Lo limitado de este espacio, no me permite referirme sino a algunos elementos, que a mi juicio sintetizan la estética del vivir y por tanto del hacer Huitoto, y a los cuales solo pude aproximarme a partir de la oralidad; de compartir con ellos la vida y la palabra, en un espacio

de cotidianeidad que involucra la vida: la maloca, como una réplica del universo y del cuerpo de la madre; el canasto como texto tejido, recipiente, mente que almacena el saber, y finalmente, algunos aspectos referidos al ritual de la coca, de donde deriva el mambeador su fuerza, su alegría y su amor por la vida. Se habla mucho en nuestros días de la cocaína; pero muy poco de la coca, sobre todo asociada a esos rituales de vida, que sostienen el vivir de muchos pueblos indígenas.

En un espacio privilegiado de la jungla, espacio sagrado que prefigura "el centro", construyen su maloca y ella, es el corazón del mundo. Un pequeño microcosmos que reproduce en el tiempo y en el espacio, la magna estructura del cosmos. La maloca es la gran casa comunal, representación del cosmos como estructura, porque repite a escala arquitectónica la forma del mundo y como génesis porque diacrónicamente, el proceso de su construcción y las acciones de la

vida cotidiana que allí se realizan, retrotraen la cosmogonía.

La maloca es un símbolo sagrado, compendio totalizante de su filosofía. Espacio poético, espacio artístico. Padre y madre como símbolo de vida, de génesis y de integración. Es lo que reúne, congrega y unifica; el hogar que caldea y sazona la vida. Allí los contrarios se enlazan y entrelazan en un abrazo erótico, símbolo de totalidad. El padre, simbolizado en los estantillos que la sostienen, les brinda seguridad y estabilidad. La madre es el techo que la cubre y protege; los bejucos que sostienen la palma que hace sus paredes-techo, son las venas y arterias por donde circula la vida.

Construirla, no es un acto que obedezca al azar o al capricho. Quien la hace es un abuelo sabedor, que ha tenido que someterse a un largo proceso de preparación que empieza antes de nacer e incluye toda la disciplina que exige el conocer el secreto de la "gran historia de la creación", proceso de muchos

años de escuchar continuo en el mambeadero, de dietas, de privaciones, etc. A medida que posee el conocimiento, va materializándolo en objetos y finalmente materializará su poder y su saber en la construcción de la madre ancestral: la maloca.

Una primera aproximación a ella, nos permite visualizar una vivienda tradicional, con la poesía de los espacios íntimos y sagrados, donde se realiza gran parte de la actividad cotidiana. Pero poco a poco, a tiempo que empezamos a sentir la textura de sus paredes tejidas, la rugosidad de su piso de tierra, la solidez de su estructura, su frescura y su calor, empezamos a descubrir la utilización de unos espacios particulares que sintetizan la organización social de la etnia y poco a poco, podemos percibirla como un lugar de encuentro entre la cotidianeidad y el mundo sagrado, activado y conjurado diariamente por medio del ritual.

La maloca es vista como una réplica del cuerpo de la madre. El vientre nutricio que

guarda al hijo. Arquitectura perfecta en cuya estructura se construye la vida. La maloca como la casa de todos. Principio de unidad y de solidaridad. Fusión de contrarios que deviene reciprocidad.

El sitio más privilegiado en la maloca es el mambeadero. Ese es el altar. Allí está el ara, la piedra sacrificial, donde en el ritual de la coca se pila la vida y se teje la historia; allí es posible transgredir el tiempo y regresar al pasado y adelantarse al futuro.

El mambeadero es el espacio de la coca, pero para ellos la coca no tiene las connotaciones que tiene para nuestra cultura occidental. Allí no es veneno, tragedia, sangre y muerte. Allí la coca es palabra, es nombre, logos, esto es, sabiduría. Entonces, es vida. La palabra, estimulada por la coca, permite revivir perpetuamente el génesis. La palabra lleva el calor de la vivencia, porque en ese aprendizaje de la coca, la sorpresa no ha sido eliminada, ni se ha perdido la capacidad de asombro.

Por eso la palabra es un tesoro que el mambeador huitoto, sabe guardar en su simbólico y personal canasto. El sabe además, cuando tapanlo y destapanlo, cuando mostrarlo o esconderlo; en últimas, el sabe cuando hablar y cuando callar.

El ritual de la coca está precedido por el del silencio. Pero también el silencio para ellos tiene una connotación diferente a la nuestra. Para nosotros el silencio es la negación del sonido, la soledad el desencuentro. Para ellos en cambio, el silencio es musical y en música, se escriben, se leen, se cuentan y miden los silencios.

El proceso que prepara el ritual de la coca, igualmente se sacraliza. La chagra donde se cultiva, es también un espacio sagrado y hay una profunda simbiosis entre el indígena y la naturaleza. De allí deviene ese profundo respeto que tienen por la tierra, la pachamama y por eso, para ellos es inconcebible que la madre-tierra se venda por retazos o se comercie

con ella. Eso explica también que le pidan perdón al árbol que tiene que cortar o que en últimas, estén convencidos que de la pelea con los árboles pueden sacar alimentos y sabiduría como del yagé; en cambio de la pelea con los hombres, solo sacan dolor y muerte.

Como la coca para ellos es el conocimiento, la cosecha la realizan empezando por la última hojita, la que está junto a la raíz, porque la palabra hay que cogerla desde el origen: sus hojas no deben caer al suelo, porque son palabras que caen y se pierden: deben cosecharse en orden: si se pica de un lado y de otro, se produce la confusión y el caos en las ideas y esta confusión mental daña al hombre. Cada paso en el proceso de la coca palabra, tiene el carácter sacral de quien oficia en el tiempo, el ritual de la eternidad.

Una vez cosechada, se tuestan sus hojas y se mezclan con ceniza de palma de yarumo. Al calor del fuego se ha purificado y consagrado, limpiándola de cualquier energía negativa

que hubiese podido mancharla y se procede a volverla polvo. El acto simbólico de pilar la coca, reviste una trascendental importancia, porque al mezclar y pilar la coca y la ceniza, simbólicamente se pilan y mezclan haciendo uno solo los contrarios, que como ya hemos dicho no son excluyentes, sino complementarios. Allí se juntan con la coca y la ceniza, el hombre y la mujer, el arriba y el abajo, el águila y la serpiente, lo crudo y lo cocido, la izquierda y la derecha, lo positivo y lo negativo, el sonido y el silencio y de allí, hecha de sonidos y silencios, surge la palabra.

La primera actividad del mambeador, es la invitación a compartir la coca, el sabedor es pródigo al ofrecerla. Invita a compartir, a una comunión. Común unión en torno a la palabra que igual se prodiga con generosidad, porque cada palabra suya es como un río que se desborda. La actividad del compartir, inicia el rito. Se comparte la coca, el tabaco y el ambil, con los que se alterna el ritual y cuya simbología ritualística es tam-

bién sagrada. El humo del tabaco, como el anillo de moebius, va formando círculos concéntricos y asciende en forma de espiral hasta perderse en el infinito. Todos los mitos de ascensión nos enseñan que ese camino no es hacia arriba, sino hacia el centro.

Y luego viene el ritual. En el mambeador, mambear, masticar la coca, no tiene la connotación mercantilista de nuestra cultura, ni produce sus nefastos efectos. Allí, el lenguaje cotidiano, el lenguaje de la oralidad, se vuelve lenguaje de "rafue", esto es, lenguaje de espíritu, fuerza, energía que mueve al hombre. Hasta la entonación que utiliza el sabedor que narra los mitos de su origen y de su destino, adquiere un ritmo de solemnidad. Por eso, para ellos, intentar grabar las sesiones del mambeador, intentar hacerlas traza, escritura, es intentar "aprisionar la voz", "capturar el espíritu" y se precisa un permiso especial para hacerlo.

La maloca es una verdadera obra de arte, síntesis de

la filosofía en que se sustenta su ritual de la coca está lleno de significación y de poesía.

Por otra parte, toda la artesanía del huitoto es como un traje muy vistoso que el indígena se coloca. La estética que de ella se deriva, tiene una doble connotación: la estética y la filosófica. Mientras se habla, se enseña, se entreteje y entrega la historia.

Cada elemento, aunque se materialice estéticamente, su simbolismo va siempre más allá. La flauta, por ejemplo, es un elemento material; pero la verdadera flauta que se elabora y pule, es la garganta. El collar que utilizan en sus danzas ritualísticas, une al hombre con sus antepasados. Existe una relación simbólica entre el ensartar las cuentas del collar manifiesta el poder y el conocimiento de quien lo lleva. Hacerlo, lleva muchísimo tiempo. Cuando lo haya terminado, casi al final de su vida, habrá completado su conocimiento, situación que hipotéticamente coincidirá con

la "cerrada del canasto", y la entrega del poder a su sucesor.

No puedo dejar de referirme, así sea someramente, a otro elemento de trascendental importancia entre ellos: la hamaca, lugar de reposo del mambeador. La hamaca para él es como su hogar.

Las hamacas son elaboradas con fibra de cumare y el origen mítico del cumare, lo atribuyen a la flema que atoraba, ahogaba a Aniraima, hijo de Mooma, el padre creador. Esa flema, arrancada de la garganta del niño al nacer y arrojada a la tierra, dio origen al cumare.

Cuando interrumpen el tejido de la hamaca, hacen un nudo especial, fácil de soltar, para significar que allí queda la palabra, que se puede soltar y continuar y que la palabra no tiene fin y no se enreda. También aquí la aspiración es a encontrar en el hilo que teje la vida, la trama del saber. Hay hamacas que tienen su tejido con ojales muy grandes, significando con ello, que sus hori-

zontes son muy amplios, pero allí no pueden colocar las palabras, porque pueden escapar. La que sirve de verdadero reposo al mambeador, que después de su sesión, recuesta en ella su palabra dicha o escuchada, es de un tejido muy fino. Solo son grandes los ojales de las manijas del remate, simbolizando los ojos grandes del creador que lo vigilan mientras descansa.

Hay hamacas que tienen un hueco que da la sensación de una falla en el tejido: pero es un espacio hecho a propósito, con el fin de que por allí se escapen las pesadillas y no se queden en ese recipiente-útero, que es la hamaca.

Referencia especial merece la confección y el uso del canasto. Otro elemento de poder que involucra toda la estética y la simbología del pueblo huitoto y al que pude aproximarme nuevamente gracias a la oralidad, la palabra hecha lección.

Míticamente, el primer canasto fue la mano del creador,

en su actitud de aprisionar el universo. Y aunque posteriormente se fue ampliando hasta llegar al canasto ritualístico de los huitotos, para ellos sigue simbolizando la mano del creador que lo sostiene, guarda y organiza todo. Y así como el padre ordenó lo creado y lo fue guardando y ubicando en su respectivo sitio y a eso lo llamó cosmos que significa orden, así el hombre debe ordenar su saber, su tener y su hacer, para que haya orden en el microcosmos de su ser.

El hombre ensayó distintos tipos de canastos, los mismos que responden al proceso que implica el conocimiento. A medida que avanza en él, va eliminando el canasto anterior. La elaboración del verdadero canasto, implica un proceso que lleva muchos años de la vida de un sabedor. El verdadero canasto es de un tejido muy fino, para que lo que de él se filtre, no sea lo consistente. Allí guardará el conocimiento, no solo simbólicamente, sino también materialmente. Allí se guarda la corona, el collar, la

flauta y todos los demás implementos ritualísticos que como ya hemos visto, son a la vez, expresión de lo que se puede y de lo que se sabe. Ellos solo se hacen cuando se sabe. Enseñar a los demás a elaborarlos, significa ir vaciando poco a poco, en el otro, el canasto del saber.

Entonces el canasto es el hombre mismo; allí se condensa lo que es, lo que sabe y lo que hace. Por eso hay que mantenerlo tapado; ellos saben cuando taparlo o destaparlo, cuando mostrar o esconder; en últimas, cuando hablar y cuando callar.

Su tejido es totalizante, como el saber cósmico. Al final, no se sabe donde empieza, ni donde termina. Jamás se llena. Siempre habrá espacio para más, porque siempre hay posibilidad de aprender algo más. El saber mítico se ubica al fondo del canasto, porque allí se marca el origen.

Por extensión simbólica, el suelo es un canasto, la maloca es un canasto, la mente es un canasto, el corazón es un canas-

to, el mundo es un canasto. Jamás se acaban de llenar. Allí está todo. Todo. Solo hay que saber buscarlo. cuando se sabe buscar, siempre se encuentra. Porque en el fondo, ya se lleva dentro. El abuelo sabedor es siempre un canasto, depositario del saber y el siempre será como un libro abierto.

Muy someramente, con las limitaciones que implica este espacio, nos hemos dado cuenta de todas las posibilidades de conocimiento que implica el aproximarse a la oralidad. Se muy bien de la complejidad que implica el tratar de aproximarse a una cultura oral diferente.

Y esto a pesar de los intentos de somatización que se realicen. Lo único que logramos siempre es mirar por la ventana lo que ocurre dentro de la casa. En el caso de los huitotos, creo que solo es posible explicarnoslos y entender su mundo, a partir de ese profundo espacio de espiritualidad que involucra la totalidad de su vida. Unos seres vertidos hacia adentro, como si el verdadero

mundo estuviera dentro de sí, y allí, en el centro del hombre todo es igual: el día y la noche, la vida y la muerte, el fuego y el agua.

El Huitoto es un hombre feliz; por eso puede sonreír siempre. No tiene nada, pero nada le hace falta. Del río saca el pescado y de la chagra la yuca para su casabe, su caguana y su fariña. Con ellos tiene el aire, el agua, el sol y el viento, el espacio y el sueño, la palabra y la historia. En ellos lo tiene todo.

El Huitoto es un hombre de piel como corteza de árbol que los bejucos rasgan cuando se incrustan en la selva, pero

con mirada transparente y limpia, porque no le está permitida la sombra de la ambición y de la intriga.

Y porque él es así, su palabra sabe a amistad, su mundo es un espacio abierto a la ternura, al efecto, a la hospitalidad. Llegar hasta donde ellos, produce la impresión de haber llegado a casa a convivir con ellos, es como haber encontrado una nueva familia.

Nuevamente, el espacio de la oralidad, se abre en múltiples espacios que la traza, la huella, la escritura, no ha podido impedir.